
¿MOVILIZÁNDOSE POR OTROS?: EL CASO DE LAS «MADRES CONTRA LA DROGA» EN ESPAÑA¹

Celia Valiente Fernández

Universidad Carlos III de Madrid

E-mail: valiente@polsoc.uc3m.es

RESUMEN

En las dos últimas décadas, las «Madres Contra la Droga» se han movilizado en España para plantear ante el Estado y la sociedad reivindicaciones a favor de sus hijos toxicómanos y de los drogodependientes en general. Utilizando este caso empírico, el artículo rebate la tesis implícita en parte de la literatura sobre movimientos sociales que propone que los grupos en situación de desventaja se organizan, ellos mismos, en defensa de sus propios intereses; este escrito defiende que otros ciudadanos pueden hacerlo por ellos.

¹ Este artículo es el resultado de mi participación en un proyecto de investigación titulado *Gender, Political Identities and Recognition Struggles in Contemporary Societies*, dirigido por Barbara Hobson y patrocinado por la *Bank of Sweden Tercenary Foundation*. Desearía agradecer a todos los miembros del equipo de investigación y a Gracia Trujillo sus valiosos comentarios a versiones anteriores de este escrito, que fueron presentadas en congresos y seminarios realizados en Dinamarca, Estados Unidos, la República Checa y Suecia. Myra Marx Ferree y Fiona Williams me proporcionaron inestimables consejos respecto a la literatura secundaria. Parte del material proviene de Valiente Fernández (en prensa). El trabajo empírico de esta investigación fue parcialmente financiado por la Dirección General de la Mujer de la Comunidad Autónoma de Madrid. Mención especial merecen todas las personas a quienes entrevisté, y que generosamente compartieron conmigo sus experiencias y reflexiones para hacerme comprender las complejidades de los problemas sociales y las dificultades de la acción colectiva. El artículo está dedicado a todas las Madres Contra la Droga, como muestra de reconocimiento y respeto por su incansable movilización en favor de los drogodependientes.

Numerosos estudios sobre movimientos sociales suponen que los sujetos de la acción colectiva son los grupos que sufren una situación de desventaja en cuanto al reparto de las recompensas materiales y simbólicas que existen en una sociedad determinada. Este artículo pone en cuestión dicha proposición, analizando la formación y el desarrollo de un movimiento que ha actuado sobre todo a favor de otras personas y no de sus propios miembros: las «Madres Contra la Droga» en España articuladas para defender los intereses de los toxicómanos.

He organizado el escrito en cinco secciones. En la primera presento el marco analítico de este trabajo. En la segunda explico la selección del caso de estudio y muestro las fuentes de investigación. En la tercera describo cómo las «Madres Contra la Droga» se han movilizizado desde los años ochenta planteando reivindicaciones ante el Estado y la sociedad a favor de sus hijos toxicómanos y de los drogodependientes en general. En la cuarta argumento que en las últimas dos décadas los miembros de dicho movimiento han proporcionado servicios a las personas que consumían drogas. En la quinta examino la evidencia empírica disponible a favor y en contra de la tesis que propone que el movimiento de las «Madres Contra la Droga» puede haber inducido (involuntariamente) a los toxicómanos a la pasividad y la desmovilización².

MARCO ANALÍTICO

En un escrito de gran influencia, Fraser (1995) propuso que en nuestra época postsocialista existen todavía grupos que padecen privaciones materiales, debido a que ocupan una posición subordinada en las estructuras socioeconómicas. Soportan, además, un desprecio generalizado hacia sus identidades específicas como colectivo, esto es, sufren vejaciones que podríamos llamar culturales o simbólicas. Para escapar de esta doble situación de desventaja estos grupos necesitan, por una parte, lo que la mencionada autora denominó la «redistribución» (de los recursos materiales a su favor) y, por otra, el «reconocimiento», es decir, la valoración positiva de sus características personales. Al argumentar así, Fraser rebatía la hipótesis de que en las sociedades contemporáneas un número creciente de colectivos discriminados se había venido centrando progresivamente en el objetivo de intentar modificar las normas culturales sesgadas en su contra y lograr la estima social hacia sus rasgos identitarios (por ejemplo, su orientación sexual, o su pertenencia a un grupo étnico o a uno de los dos géne-

² Las investigaciones sobre movimientos sociales, entre ellas ésta, en ocasiones tienden a presentarlos como actores unitarios, cuando en realidad no lo son. Además, a veces son proclives a describir los movimientos como si de seres animados se tratara; por ejemplo, cuando afirman que «el movimiento X tomó parte en la acción colectiva A», o «el movimiento Y defendió la postura B». Conviene recordar que este tipo de expresiones constituyen recursos estilísticos, ya que sólo las personas pueden participar en acciones colectivas o defender posturas.

ros)³, considerando de segundo orden el designio de tratar de mejorar sus condiciones materiales de vida (Honneth, 1992; Taylor, 1992; Young, 1990).

En este artículo acepto en líneas generales el argumento de Fraser, pero pongo en cuestión una suposición implícita en el mismo. Su trabajo parece indicar que los colectivos que soportan carencias económicas y desprecio hacia sus atributos se movilizan ellos mismos (o deberían movilizarse) en busca de la «redistribución» y el «reconocimiento» (Fraser, 1995: 74). De modo contrario, propongo que quienes participan en la acción colectiva no tienen por qué ser necesariamente las mismas personas que sufren privaciones materiales y culturales, ya que otros individuos pueden hacerlo por ellas. Es más, quizá la «redistribución» y el «reconocimiento» se logren en ocasiones más fácilmente cuando sean reivindicados por ciudadanos distintos de quienes se encuentran en una situación económica y simbólica desfavorecida, si consiguen defender de modo convincente en la arena política y social que las penurias materiales y culturales constituyen un problema social que a todos concierne, y no sólo a los afectados directamente por sus consecuencias.

Los movimientos de madres (también llamados «maternalistas» o «maternales» en los estudios de ciencias sociales y humanidades) constituyen un caso apropiado para controvertir la suposición implícita en el trabajo de Fraser, ya que las mujeres que forman estos grupos se movilizan principalmente a favor de otras personas: sus familiares. En términos generales, las obras más conocidas de la literatura sobre movimientos sociales no han investigado los movimientos de madres. Así, la mayoría de los trabajos más citados de las principales perspectivas de análisis de la acción colectiva apenas contienen referencias a la movilización maternalista. Tal es el caso de las aproximaciones teóricas y empíricas que enfatizan las carencias (*deprivation*) y las creencias (*beliefs*) comunes como requisitos necesarios (aunque no suficientes) del comportamiento colectivo (por ejemplo, Gurr, 1970; Smelser, 1963; Turner y Killian, 1972), el estudio de la movilización de los recursos (entre otros, McCarthy y Zald, 1987a, 1987b; Oberschall, 1973; Zald y McCarthy, 1979), la perspectiva llamada «del proceso político» (tales como Eisinger, 1973; Jenkins y Perrow, 1977; Kitschelt, 1986; Kriesi, 1995, 1996; McAdam, 1982; Tarrow, 1996; Tilly, 1978) y la investigación de los nuevos movimientos sociales (a modo de ilustración, véanse Melucci, 1985, 1989, 1996; Offe, 1985; Scott, 1990; Touraine, 1981; Touraine *et al.*, 1983a, 1983b).

Han sido principalmente los académicos especializados en el análisis del género quienes han estudiado los movimientos maternalistas, y lo han hecho sobre todo en Latinoamérica (Alvarez, 1990; Jaquette, 1994; Jaquette y Wol-

³ La literatura feminista habla de «géneros» en vez de «sexos» al denominar a los hombres y/o a las mujeres en su conjunto, por entender que la palabra «sexos» hace referencia principalmente a las diferencias físicas entre unos y otras, mientras que el vocablo «géneros» alude sobre todo a las disimilitudes de origen social, educativo, cultural y económico que entre ambos existen, y que, según dicha literatura, son las fundamentales (y no las de origen biológico).

chik, 1998; Molyneaux, 1985; Schirmer, 1993), donde en las últimas décadas ciertas madres y parientes (femeninos) de víctimas de violaciones de derechos humanos han denunciado tales hechos. El grupo más conocido es el de las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina, si bien han aparecido asociaciones de este tipo en otros países. Otra corriente de movimientos «maternalistas» latinoamericanos está compuesta por las mujeres que en los barrios pobres se han movilizadado para mejorar las condiciones materiales en que viven sus familias y sus comunidades. Los movimientos maternales han surgido también en las sociedades contemporáneas en otros países (Miles, 1996) tan distantes entre sí como Norteamérica o Sudáfrica (Christiansen-Ruffman, 1995; Kaplan, 1997; Pardo, 1995). Los historiadores han investigado, además, movilizaciones de esta clase en épocas pasadas y en distintos lugares, entre ellos España (Kaplan, 1982, 1999). Al verse impedidas las mujeres para desempeñar las tareas a ellas asignadas según la división tradicional del trabajo por razón de género (tales como proporcionar alimentos, vestido, cobijo y asistencia médica a sus hijos), utilizaron el prestigio social que les confería su condición de madres para plantear reivindicaciones a las autoridades, por ejemplo, que los precios de los alimentos básicos fueran asequibles. En otros países occidentales, durante el período formativo de sus Estados de bienestar, ciertas mujeres demandaron, en los mismos términos, la elaboración de políticas sociales para madres y niños (Gordon, 1994; Koven y Michel, 1990, 1993; Muncy, 1991; Pedersen, 1993; Skocpol, 1992; Skocpol *et al.*, 1993).

Las valoraciones de los estudios académicos sobre los movimientos maternalistas son, en general y con algunas excepciones, positivas. Estos movimientos proporcionan a las mujeres una oportunidad para luchar por asuntos que les conciernen, en vez de dejar para los hombres esta tarea. Sus miembros, con frecuencia pero no siempre, encuentran enriquecedora la participación en la acción colectiva. La movilización contribuye a que estas mujeres sean conscientes de sus capacidades, además de crear vínculos de solidaridad entre ellas. Pueden, incluso, terminar tomando parte también en otro tipo de movimientos. Algunas de estas madres, asimismo, participan en acciones reivindicativas organizadas por otros movimientos sociales preocupados por asuntos distintos a los que llevaron a las madres a actuar. De otro lado, si bien las mujeres en los movimientos maternales generalmente persiguen la satisfacción de reivindicaciones en nombre de otras personas (sus familiares), en algunas de las madres termina fraguándose una conciencia feminista que les lleva a cuestionar la subordinación de las mujeres en la sociedad, y a demandar la mejora de la posición de éstas como grupo. Por último, se ha argumentado que las luchas relativas a las preocupaciones y las cuestiones en torno a la maternidad pueden atraer, en principio, a muchas mujeres diferentes, por lo que constituyen las bases de un feminismo realmente integrador (Miles, 1996).

Las evaluaciones negativas sobre los movimientos maternalistas son mucho menos numerosas. Proponen que las acciones colectivas de las madres resultan sumamente limitadas desde el punto de vista feminista, porque casi nunca cues-

tionan el estatus inferior de las mujeres en su comunidad. Además, en ocasiones, las movilizaciones maternalistas adolecen de un sesgo excesivamente particularista, ya que estas madres no se unen en busca de soluciones de amplio alcance para problemas generales, tales como la polución ambiental o el imperfecto funcionamiento del sistema de justicia. Por el contrario, se movilizan sólo cuando determinadas circunstancias afectan directamente a sus familias o a sus barrios (por ejemplo, si se instala una incineradora de residuos tóxicos o una prisión en su localidad), sintiéndose satisfechas y abandonando la actividad reivindicativa colectiva cuando consiguen que los problemas pasen a afectar a otras familias o barriadas distintas de las suyas (en el momento en que la incineradora o la prisión se traslada a otro municipio)⁴.

A continuación, valiéndome de un estudio de caso sobre movimientos maternalistas, muestro que la literatura basada en el binomio «redistribución»/«reconocimiento» debe despojarse de la suposición de que el sujeto de la acción colectiva suele ser el grupo que padece situaciones opresivas de índole material o cultural. Sólo así podrá esta literatura explicar parte de las complejidades acerca de la aparición y actividades de los movimientos de madres; no poder hacerlo constituiría un serio problema para la perspectiva analítica basada en este par conceptual, dada su pretensión (también implícita) de entender todos los tipos de acción colectiva en las sociedades contemporáneas⁵.

SELECCIÓN DEL CASO DE ESTUDIO Y FUENTES

En este artículo examino un estudio de caso: el movimiento de las «Madres Contra la Droga», activo en España principalmente desde los años ochenta. Según Lijphart (1971: 691), si bien el diseño ideal de investigación es el formado por la comparación entre dos o más casos, el estudio de un único caso puede resultar revelador, dado que el investigador tiene la posibilidad de examinarlo exhaustivamente, incluso si sus recursos son limitados. En general y con algunas excepciones, los drogodependientes (o ex drogodependientes) apenas se han movilitado en busca de la «redistribución» y el «reconocimiento». El movimiento de las «Madres Contra la Droga» es, todavía, uno de los principales portavoces de los toxicómanos ante el Estado y la sociedad, por lo que constituye un

⁴ Ésta es mi interpretación del estudio de Pardo (1995) sobre la acción colectiva de dos grupos maternalistas en California, si bien Pardo implícitamente sugiere una apreciación más positiva de las madres que analiza.

⁵ La literatura sobre movimientos sociales utiliza la expresión de «empresarios del movimiento social» (*social movement entrepreneurs*) para referirse a ciertas personas que proporcionan recursos y apoyo sin ser necesariamente miembros del grupo protagonista de la acción colectiva, y cita, entre otros ejemplos, el de los estudiantes blancos en el movimiento a favor de los derechos civiles de las personas de color en Estados Unidos (Della Porta y Diani, 1999: 151; McCarthy y Zald, 1987a: 17-18). Este trabajo examina un movimiento compuesto exclusivamente por este tipo de «empresarios».

caso apropiado para analizar la acción colectiva que persigue sobre todo objetivos que benefician directamente a otras personas, en vez de a sus propios miembros.

No conozco ninguna investigación sobre el movimiento de las «Madres Contra la Droga» ni acerca de las organizaciones que incluye. Por tanto, este estudio no se basa en fuentes secundarias, sino primarias. La principal de ellas consiste en entrevistas semiestructuradas realizadas en mayo y junio de 1999 a veinte miembros de estos grupos y a dos trabajadoras sociales (contratadas por estas asociaciones) en Madrid y en un municipio cercano (Fuenlabrada)⁶. La mayoría de las «Madres Contra la Droga» entrevistadas para este trabajo ocupan o han ocupado posiciones directivas en dichas organizaciones (los cargos de presidenta, vicepresidenta, tesorera y vocal de la junta directiva). He conversado con estas mujeres, y no con otras, principalmente por dos razones. En primer lugar, al contactar con algunas agrupaciones me fue sugerido que entrevistase a quienes desempeñaban entonces cargos, porque éstos implicaban la tarea de representar a la organización en distintos contextos, entre otros la interacción con los investigadores. Además, frecuentemente, quienes realizan estas tareas de responsabilidad en dichas organizaciones suelen contar con un período de militancia más dilatado que el de los restantes miembros. Este largo intervalo temporal incrementa notoriamente la utilidad de las entrevistas, ya que principalmente a partir de ellas he reconstruido las acciones colectivas de este movimiento social, algunas de las cuales tuvieron lugar hace dos décadas⁷.

Cuando en el cuerpo del artículo transcribo literalmente algunos fragmentos de las entrevistas, los nombres de las personas son ficticios, a fin de proteger su anonimidad (ello me fue pedido explícitamente en tres casos). Por el contrario, los nombres de las ocho asociaciones donde las realicé, que aparecen al final del artículo, son auténticos⁸. En los barrios donde apareció y permanece activo este movimiento social, en los medios de comunicación y en la sociedad en

⁶ Las limitaciones de tiempo y de financiación me han hecho circunscribir el trabajo de campo a estos lugares, pese a que el movimiento se encuentra activo en otros puntos geográficos de España. Las entrevistas reflejan entonces las experiencias y opiniones de las madres de Madrid y alrededores acerca de los asuntos tratados en este artículo.

⁷ Soy consciente de que el criterio de selección de las entrevistas hace que cuente sólo con el testimonio de las personas que han participado durante más tiempo y más activamente en el movimiento; tal vez sus experiencias, percepciones y valoraciones sean diferentes de las del resto de los miembros, así como de las de los individuos que han colaborado en el movimiento que estudio sin haberse afiliado formalmente a ninguna de sus organizaciones. Sin pretender infravalorar la importancia de este sesgo, defiendo la elección de las entrevistas realizada, porque éste no es un estudio cuantitativo en el que pretendo describir con precisión las características de un grupo que protagoniza acciones colectivas; trato, únicamente, de identificar tendencias y pautas de movilización en un tipo de movimiento social, sin ponderar estadísticamente su relevancia.

⁸ Escogí estas ocho asociaciones (y no otras) tratando de que el conjunto de agrupaciones donde efectué las entrevistas comprendiera organizaciones sitas en distintos barrios y fundadas en diferentes momentos cronológicos. Por razones obvias, hube de descartar grupos cuyos miembros no quisieron departir conmigo, o accedieron a ello pero resultó imposible encontrar una fecha para hacerlo durante el período de realización del trabajo de campo.

general, las personas que de modo informal participan en el movimiento sin pertenecer a sus asociaciones, los miembros de los grupos organizados y las propias organizaciones se conocen con la expresión de las «Madres Contra la Droga» y, en algunos contextos, simplemente con la de «las madres». Estas denominaciones son las utilizadas en este trabajo (a partir de ahora escritas sin entrecomillar y en minúsculas), si bien los nombres formales de las agrupaciones del movimiento con frecuencia no mencionan el término «madres». Otras fuentes utilizadas para elaborar este artículo han sido los documentos publicados y no publicados de estas asociaciones, además de *dossiers* de prensa.

Este artículo no es una historia sintética del movimiento de las madres contra la droga en España, sino un análisis de una de las dimensiones de dicha movilización: las reivindicaciones que las protagonistas de la acción colectiva plantean a favor de otras personas (los drogodependientes). En esta investigación utilizo la definición de movimiento social elaborada por Diani (1992: 7) como un conjunto de redes formales e informales de individuos, grupos y/u organizaciones que comparten ciertas ideas e identidad, se movilizan con objeto de promover (o detener) el cambio social (y al hacerlo encuentran oposición) utilizando preferentemente formas políticas no convencionales de actuación, por ejemplo, distintas modalidades de protesta. Este escrito tampoco es una historia de las organizaciones que forman parte hoy día del movimiento de las madres contra la droga. Suscribo la afirmación de que «los movimientos sociales no son organizaciones, ni siquiera unas de tipo particular; son redes de interacción entre distintos actores, que pueden incluir (o no) organizaciones formales» (Diani, 1992: 13-14; traducción de Celia Valiente Fernández). Como explican Della Porta y Diani (1999: 17), la distinción analítica entre los movimientos sociales y las organizaciones que los componen resulta esencial para entender el papel central que determinados individuos desempeñan en los movimientos. Éste ha sido el caso de algunas de las mujeres entrevistadas, quienes con su esfuerzo colectivo vertebraron la movilización de las madres contra la droga, antes de que se establecieran las organizaciones formales en la actualidad incluidas en ella.

LA MOVILIZACIÓN A FAVOR DE LOS OTROS

En esta sección muestro que buena parte de las actividades de las madres contra la droga se han encaminado a plantear ante el Estado y la sociedad reivindicaciones a favor de los toxicómanos, en vez de formular peticiones en beneficio propio. Es preciso subrayar que cuando las primeras madres comenzaron a movilizarse (sobre todo en los años ochenta), el Estado apenas proporcionaba prestaciones para los drogodependientes. Por lo que respecta a los servicios sanitarios públicos, los toxicómanos acudían a los médicos de cabecera para solucionar sus problemas de salud, a las secciones de urgencias de los hospitales y otros centros sanitarios cuando los síntomas revestían gravedad, y en muy

pocos casos a las consultas psiquiátricas en busca de tratamientos. Según las entrevistas realizadas para esta investigación, el personal que trabajaba en los centros médicos a veces mostraba una actitud de interés y amabilidad hacia los adictos a las drogas; por contraste, en otras ocasiones les atendía con ligereza, desinterés e incluso hostilidad, tratando de desembarazarse de estos usuarios lo antes posible, o directamente evitaba hacerse cargo de ellos. En general, los profesionales sanitarios sabían relativamente poco acerca del consumo de sustancias adictivas. Los toxicómanos que cometían delitos para sufragar la compra de drogas se encontraban con la acción de los poderes públicos: con la de la policía y otros cuerpos de seguridad del Estado, además del sistema de justicia. Ciertas asociaciones no gubernamentales comenzaban entonces a desarrollar algunos tratamientos de desintoxicación, a fin de que quienes participaran en ellos abandonaran totalmente el consumo de drogas. Dada la naturaleza experimental y piloto de estos primeros programas, era muy bajo el número de personas que los seguían. En suma, el Estado y las organizaciones privadas ofrecían muy pocos recursos a los drogodependientes. Como describía, utilizando una hipérbole, una de las madres entrevistadas [Concha]: «Es que antes no había nada [para los toxicómanos] (...). Nada, no había nada: cárcel, palizas (...)».

El movimiento de las madres contra la droga surgió en barrios de clase trabajadora y clase media-baja de algunas ciudades. Sus miembros eran casi siempre mujeres, si bien una reducidísima proporción de ellos eran hombres. La mayoría eran madres de drogodependientes, los cuales habían comenzado a utilizar drogas en la adolescencia o en la primera etapa de la edad adulta⁹. En estas primeras acciones colectivas también participó un reducido número de mujeres que no eran madres sino parientes de toxicómanos, por ejemplo tías. Un tercer tipo (también minoritario) de miembros lo constituían aquellas personas que no tenían familiares adictos a las drogas. La mayoría de quienes protagonizaron estas actuaciones originarias vivía en el mismo barrio. Las organizaciones formales aparecieron después de estos primeros pasos colectivos (en ciertos casos, varios años más tarde).

Cuando las madres comenzaron a movilizarse, casi todos los hijos drogodependientes eran ya adultos y, por tanto, tenían la capacidad legal de representarse a sí mismos. Sin embargo, quienes se organizaron demandando la «redistribución» y el «reconocimiento» para los toxicómanos fueron las madres, intentando encontrar soluciones a los problemas derivados de las toxicomanías (no sólo de sus hijos, sino también de otras personas adictas a las drogas). Algunas de estas mujeres continúan activas en este movimiento social incluso cuando sus hijos han completado con éxito el proceso de desintoxicación y rehabilitación (éste es el caso de diez de las dieciséis madres biológicas de toxicómanos

⁹ En aquella época, la mayor parte de los hijos de las madres movilizadas de que trata este artículo consumía heroína, si bien más tarde se implantó la tendencia de combinarla con otras drogas. En la actualidad el consumo de sustancias adictivas es más diverso, e incluye (entre otras) heroína, cocaína y drogas de síntesis, por ejemplo el éxtasis.

entrevistadas), o cuando han fallecido (esto ha sucedido a siete hijos de las dieciséis madres biológicas de drogodependientes entrevistadas)¹⁰. En aras de la claridad, describo primero las reivindicaciones planteadas al Estado en favor de los toxicómanos y después las dirigidas a la sociedad.

Las reivindicaciones planteadas al Estado

Las madres han formulado la mayoría de sus peticiones ante el Estado. Las demandas principales consistían en lo que Fraser denominó la «redistribución», ya que implicaban la transferencia de recursos materiales a un grupo en desventaja: los drogodependientes. Según Fraser (1995: 72), la «redistribución» conforma una de las dimensiones de la solución al problema de la desigualdad socioeconómica. Las madres han exigido que el Estado dedicara medios al tratamiento del problema de la dependencia a las sustancias adictivas. En distintos momentos, estas mujeres han planteado a las autoridades, entre otras demandas, que pusieran en marcha: programas de desintoxicación y rehabilitación, políticas para facilitar la incorporación de los ex toxicómanos al mercado de trabajo (tales como talleres de formación ocupacional), servicios sanitarios para atender las necesidades específicas de los drogodependientes, acciones de prevención (por ejemplo, en los centros educativos, a fin de evitar que los adolescentes y los jóvenes se iniciaran en el consumo de drogas) y medidas para mejorar las condiciones de vida de los toxicómanos que no podían o no querían abandonar inmediatamente su adicción a las drogas (el suministro de metadona¹¹, entre otros). Por supuesto, no todos los miembros del movimiento han reivindicado todos los puntos que componen esta lista, si bien la mayor parte de las madres contra la droga se mostraría de acuerdo con la totalidad de las peticiones. Es más, las madres han solicitado insistentemente que estos servicios fueran suministrados por el Estado sin cargo alguno para sus receptores.

El movimiento de madres también ha planteado a las autoridades reivindicaciones relativas al «reconocimiento» de los drogodependientes; según Fraser (1995: 73), este tipo de demandas consiste en «una reconsideración positiva de las identidades despreciadas», y constituye uno de los ingredientes necesarios para terminar con el problema de la subordinación de índole cultural. Cuando han tratado con las autoridades públicas, las madres han defendido que los toxicómanos son ciudadanos que merecen la misma consideración que el resto;

¹⁰ Ello no obstante, esta pauta de permanencia constituye una excepción (aunque no lo es en el grupo de mujeres entrevistadas). Como sintetizaba una de ellas [Encarnación]: «Aquí a las personas, cuando se les arreglan las cosas y ya no tienen así problemas, o se las mueren los hijos, ya no quieren saber nada».

¹¹ La metadona es un potente analgésico sintético cuyos efectos anulan el síndrome de abstinencia de los drogodependientes.

según sintetizaba una de las entrevistadas [Encarnación]: «Que aunque los chicos estén drogadictos, son personas». Es cierto que no pocos adictos a las drogas han cometido delitos, según han relatado sin tapujos algunas de las personas entrevistadas para este trabajo. Éstas describieron el proceso por el que los toxicómanos comienzan a pedir (o a sustraer) dinero a sus familiares para comprar drogas, y después hacen lo mismo con vecinos, conocidos y extraños. Ello no obstante, las madres han puesto en cuestión las proposiciones subyacentes en los discursos y los comportamientos de las autoridades y de quienes desde el sector público tratan con drogodependientes (la policía y demás cuerpos de seguridad del Estado, los profesionales sanitarios y los operadores jurídicos, entre otros) que, en no pocos casos, han conceptualizado a aquéllos como si de delinquentes sin derechos se tratara. Los miembros de uno de los grupos del movimiento analizados, el denominado «Madres Unidas Contra la Droga» (de ahora en adelante, «Madres Unidas»), se han especializado, entre otras tareas, en la denuncia de los abusos y las irregularidades cometidas en ocasiones contra los toxicómanos cuando son detenidos y/o encarcelados, tales como el hostigamiento, las amenazas, la intimidación y distintas manifestaciones de violencia física y psíquica; cabe añadir que también se han mostrado activas en este sentido otras participantes en la movilización maternalista (miembros de otras asociaciones o sin vínculos formales con organización alguna).

Una evaluación completa de lo que las madres han conseguido respecto del Estado, en términos de «redistribución» y «reconocimiento» para los drogodependientes, va más allá del propósito de este artículo. Ello no obstante, cabe mencionar que, por lo que respecta a las reivindicaciones materiales (o de «redistribución», en la terminología de Fraser), el sector público proporciona en la actualidad a las personas adictas a las drogas muchos más servicios que en el pasado, por ejemplo, tratamientos de desintoxicación y rehabilitación, prestaciones sanitarias, ayuda psicológica, medidas de inserción en el mercado laboral, dispensa de metadona, y pensiones no contributivas para algunos drogodependientes incapacitados para el trabajo remunerado y cuyos ingresos familiares no superen determinado umbral establecido en una prueba de insuficiencia de medios. Estos y otros programas estatales en parte existen, entre otras causas, porque las madres se han movilizado reivindicándolos, si bien los propios toxicómanos también han hecho visible, ellos mismos, su propia situación, sobre todo cuando algunos de ellos cometían delitos y generaban alarma social por esta contribución a la inseguridad ciudadana.

De otro lado, en cuanto a las peticiones de «reconocimiento» o culturales, las madres continúan denunciando que algunos de los decisores políticos y de quienes tratan con los drogodependientes desde el sector público todavía siguen albergando actitudes hostiles hacia éstos, por el mero hecho de ser toxicómanos y con independencia de sus comportamientos efectivos, si bien constatan que estas manifestaciones de desprecio tal vez resultan menos frecuentes que en el pasado. Algunos de estos trabajadores del sector público aún tienden a ver el fenómeno de la drogodependencia meramente como un problema de orden

público, causado por las acciones delictivas cometidas por ciertos toxicómanos, o simplemente como una cuestión de salud pública, debido a las enfermedades que padecen algunos drogodependientes relacionadas con el consumo de sustancias adictivas. Por contraste, otros perciben que la adicción a las drogas constituye un problema social de múltiples aristas, no circunscrito sólo a la inseguridad ciudadana o al estado sanitario de un colectivo específico. A que desarrollaran esta perspectiva más amplia posiblemente haya contribuido, entre otros factores, la movilización de madres de estratos no marginales de la población a favor de sus hijos y otros drogodependientes en busca de la «redistribución» y el «reconocimiento».

Las reivindicaciones planteadas a la sociedad

Las madres contra la droga también han dirigido hacia la sociedad peticiones en términos de «redistribución»: que ciertos recursos escasos se repartieran con equidad entre quienes no consumen y consumen (o consumían) drogas. Por ejemplo, las madres entendieron que un trabajo remunerado constituía uno de los mejores mecanismos para reinsertar socialmente a los drogodependientes. Sin embargo, resulta muy difícil para las personas adictas a las drogas o para los ex toxicómanos (y para muchos otros individuos) acceder a un empleo, dado el elevado nivel de desempleo que caracteriza al mercado de trabajo español: desde 1982 la tasa de paro¹² ha sido siempre superior al 15%. Algunos empresarios han evitado contratar a ex drogodependientes; las madres, por ello, han reivindicado que los empleadores no discriminaran a quienes han tomado drogas en el pasado o las consumen en la actualidad, siempre que esta práctica no incida negativamente en su rendimiento laboral.

Las demandas relativas al «reconocimiento» formuladas por las madres a la sociedad han consistido en solicitar actitudes de respeto por parte de los ciudadanos hacia los toxicómanos. Las madres han debido soportar constantemente muestras de desprecio hacia sus hijos y otros drogodependientes provenientes de familiares, vecinos, conocidos y extraños; por ejemplo, han tenido que escuchar la afirmación de que quienes consumen drogas son animales que merecen la horca, o la proposición de que el problema de las toxicomanías se solucionaría asesinando a todos los drogodependientes. *¿Hay que colgarlos?* es el controvertido título de un libro escrito por un sacerdote que contribuyó a la formación del movimiento maternalista que ahora estudio y a la fundación de uno de los grupos incluidos en él, el llamado «Madres Unidas» (De Castro, 1985). En esta obra, el autor reacciona de manera provocadora contra la tesis de que el remedio al problema de la inseguridad ciudadana causada por la transgresión de las leyes ligada al consumo de sustancias adictivas consista en la instauración de la pena capital para quienes cometen delitos a fin de comprar-

¹² La tasa de paro es el porcentaje de parados sobre el total de activos (ocupados y parados).

las¹³. El siguiente diálogo, procedente de una de las entrevistas, describe de manera vívida algunas manifestaciones de desestimación y desdén hacia los toxicómanos:

Encarnación: Tú ahora mismo y ves a una señora. Tú de tu hijo [drogo-dependiente] no la puedes hablar a esa señora, no.

Entrevistadora: ¿Por [qué]?

Encarnación: Porque dice: «¡Que se muera!».

Benigna: A cualquiera por ahí que no tenga el problema.

Encarnación: O sea: «¡Que se muera! Porque éstos hacen lo que quieren».

Benigna: Es tu hijo. (...) es que antes, [decía la gente] «¡Esos drogadictos! ¡Se tenían que morir todos!». A mí me llegó a decir el padre de una amiga mía, de una amiga de mi hija, que un barreño de droga les ponía él para que se murieran. Y era tu hijo».

El rechazo de los ciudadanos hacia los drogodependientes se ha materializado, incluso, en intentos de impedir su rehabilitación. Por ejemplo, una de las dos participantes en el diálogo anterior describió en la entrevista que su hijo, después de abandonar el consumo de drogas, comenzó a trabajar como dependiente en una tienda. Un vecino increpó indignado al dueño del negocio por dar trabajo a un ex toxicómano. El empresario respondió que la vida pasada de sus empleados no le concernía, siempre que desempeñaran su trabajo adecuadamente. Si el empleador hubiera tenido una concepción distinta de la drogodependencia, posiblemente el ex toxicómano hubiera perdido su puesto.

Demandar respeto para quienes consumen o han consumido drogas constituye una tarea sumamente dificultosa, porque amplios sectores de la población mantienen opiniones profundamente negativas sobre aquéllos. Por ejemplo, en otoño de 1998, casi la mitad (46%) de los españoles de edad comprendida entre 15 y 24 años declaraba que no le gustaría tener como vecino a un drogodependiente (Elzo *et al.*, 1999: 478)¹⁴. A fin de conseguir el «reconocimiento» para sus hijos y otras personas adictas a las drogas, las madres han esgrimido argumentos variados. Algunas han defendido que la toxicomanía no constituye una situación que afecta sólo a algunos individuos en función de sus atributos (o debilidades) personales, sino que se trata de un problema social que existe debido a la amplia oferta de sustancias adictivas en la actualidad, a la facilidad con que pueden conseguirse y a que su comercialización constituye un negocio muy lucrativo. Otras madres han sostenido que cualquier familia, y no sólo aquellas con características especiales, puede tener que hacer frente al problema

¹³ Este libro también contiene numerosas denuncias de severos abusos contra los drogodependientes que provienen de barrios desfavorecidos cuando son interrogados por la policía, detenidos o encarcelados.

¹⁴ Otros estudios con muestras representativas de la población española adulta han arrojado proporciones similares de respuesta (*El País*, 13 diciembre 2000, p. 33).

de la drogodependencia de uno de sus miembros, ya que en principio cualquier persona puede convertirse en adicta a las drogas. En palabras de Carmen Díaz, refiriéndose a la fundación de la asociación «Madres Unidas»: «nacimos [la agrupación] para contar a la gente que nuestros hijos no son unos hijos de puta, que son chavales como cualquiera, que también han tenido el sarampión, que también sienten y padecen, que no son delincuentes» (*El Mundo*, 24 diciembre 1999, pp. 6-7). Una de las mujeres entrevistadas para esta investigación sintetizaba este tipo de pareceres al hablar de su experiencia en el movimiento de madres:

Matilde: Y entonces no me parecía posible que a mí me pudiera pasar una cosa así. Y bueno, pues, claro que me pasó, me pasó como le ha pasado a tantísimas madres ... eso lo he aprendido aquí, sí. Aquí he aprendido muchas cosas, en la convivencia con la gente con el mismo problema, se analiza y ves que tú no eres un problema aislado, que tu problema es un problema social que está ahí.

Más adelante, esta misma madre añadía:

Matilde: Y entonces, a través de venir aquí [a una de las asociaciones del movimiento] y comprobar la situación de toda la gente y analizar a las personas que vienen aquí, aquí hay de todo, de carrera, gente de clase media, gente de clase obrera, pero obreros bien, no sé, gente muy educada, muy cariñosa, muy buena gente, muy buenos padres, muy buenas personas, muy ordenados en sus vidas, muy todas esas cosas (...). En un principio, incluso, los profesionales, como los psicólogos y los psiquiatras y la gente que trataba este tema, eran muy dadas a culpabilizar a las familias de la problemática que sufríamos, como si fuéramos gente marginal, o gente con ... entonces, eso te ayuda a analizar el problema desde otra óptica.

Ciertas madres han propuesto que los drogodependientes son personas enfermas, y han negado que se trate de individuos perezosos y degenerados que pudieran abandonar su adicción en cualquier momento. Una entrevistada nos relataba que llegó a esta conclusión después de militar durante cierto tiempo en el movimiento:

Juana: Al principio [el drogodependiente] no estaba enfermo, para mí, ni para la otra madre, ni para la otra, era, era, el vicio. ¿Entiendes?

Entrevistadora: ¿Lo veáis así? Eso me han dicho esta mañana [en otra entrevista] (...).

Juana: Sí, a lo primero se entiende como un vicio, como el alcohólico, toda la vida hemos dicho «porque es un vicioso», porque (...) un alcohólico ¿cómo ha estado mirado siempre?

Entrevistadora: ¿No como un enfermo? (...).

Juana: Ahora veo la enfermedad de mi marido [era alcohólico], entonces no la vi, así de claro (...) hoy, sí, pienso que es un enfermo, hoy. Pero cuando me ha tocado la china no he visto que era un enfermo, he visto que era un vicioso, porque era lo que siempre has vivido, lo que siempre has oído (...). Y con el drogadicto al principio, pues era lo mismo: «¡Mira ese desgraciado, el drogadicto, pues vaya un sinvergüenza!». A fuerza de estar viendo, a fuerza de estar luchando, a fuerza de estar implicada, es cuando me he dado cuenta de lo que era.

Resulta imposible con la metodología empleada en esta investigación ponderar la eficacia de la acción reivindicativa de las madres hacia la sociedad. Ello no obstante, cabe apuntar que posiblemente haya resultado menos exitosa que la orientada hacia el Estado. Las prestaciones y los servicios para los drogodependientes son hoy día proporcionados sobre todo por el sector público, o bien por asociaciones voluntarias que reciben subvenciones estatales, y en muy pocos casos por el ámbito estrictamente no estatal. De otro lado, la aprobación y el respeto están ausentes en las conversaciones de muchos ciudadanos cuando se refieren a los toxicómanos. Todavía es relativamente frecuente escuchar en España comentarios vejatorios hacia quienes consumen drogas. Puesto que estas afirmaciones peyorativas son aceptadas socialmente en muchas situaciones, es razonable suponer que sólo una proporción minoritaria de la población alberga disposiciones respetuosas hacia los drogodependientes, pese a la movilización de madres en busca de una valoración positiva de los toxicómanos como colectivo¹⁵.

LA PRESTACIÓN DE SERVICIOS PARA LOS OTROS

Según nuestro estudio en esta sección, desde la aparición del movimiento de las madres contra la droga en los años ochenta, sus miembros no sólo han planteado reivindicaciones ante el Estado y la sociedad en nombre de los drogodependientes, sino que también les han proporcionado servicios. Podemos caracterizar estas prestaciones como «maternales», porque consistían en una extensión de lo que muchas madres hacen regularmente con sus hijos en la sociedad española: hablar con ellos, proporcionarles comida y ropa, acompañarles, protegerles e interactuar con otras progenitoras.

¹⁵ Al centrar en este artículo el análisis sobre la movilización de las madres a favor de los drogodependientes, no niego que, en ocasiones, las participantes del movimiento también hayan planteado reivindicaciones cuyas beneficiarias directas han sido ellas mismas, por ejemplo al pedir al Estado subvenciones para sus organizaciones o al demandar a los ciudadanos que las respeten y consideren buenas madres; he analizado con cierta extensión esta otra dimensión de la acción colectiva en Valiente Fernández (en prensa). Ello no obstante, la mayor parte de las reivindicaciones formuladas por las madres contra la droga ha perseguido la mejora de las condiciones de vida (materiales y culturales) de quienes consumen sustancias adictivas.

Fue muy importante para las primeras madres movilizadas encontrar un local en el que poder reunirse de modo habitual. Querían que se convirtiera en un lugar conocido en el barrio, y que permaneciera abierto el tiempo más dilatado posible, a fin de que otras madres y los drogodependientes pudieran acudir a él en cualquier momento. Conseguir una línea telefónica, publicitar su número y atender las llamadas fueron vistas, también, como tareas primordiales, porque tal vez algunas personas no se atreverían a visitar la sede de la asociación, pero sí se pondrían en contacto con ella telefónicamente. Rápidamente organizaron las madres turnos para abrir el local, contestar el teléfono, preparar café para todo aquel que acudiera, escucharle y atenderle. Comprendieron que sería muy improbable que los drogodependientes visitaran esta sede, por lo que algunas madres se dispusieron a patrullar el barrio en el que participaban en la acción colectiva a fin de atraer a los toxicómanos. Una de las mujeres entrevistadas describía cómo lo hacían:

Verónica: Salíamos a hablar con ellos, a aquellas paredes, que estaban allí acurrucados, y les hablábamos. Les decíamos: «Mira, esto no es vida. Tú tienes que pensar que te vas a morir si sigues así, y tal. Mira, nosotros, no es que te vamos a hacer mucho, pero ¿sabes? ahí enfrente hay unos pequeños recursos, vas, y nosotros te echaremos una mano en lo que podamos». Y al día siguiente iban los chicos a vernos, ¿entiendes?

Incluso en la actualidad, muchas madres siguen buscando en la calle a los drogodependientes para ofrecerles su apoyo. En palabras de una de ellas:

Encarnación: Ahora hay un chico y una chica, que son jovencitos (...). Una tarde me voy a sentar a hablar con ellos y les voy a decir: «No sabéis lo que estáis haciendo». ¡Porque es que me da una lástima! Son jovencitos, están empezando [a consumir drogas] ahora.

Mira, me ha dolido de no decirle a un chico, a lo primero que se estaba poniendo [que estaba comenzando a consumir drogas]. Y me miraba y yo le miraba a él. Y ya un día se miró, me miró, y digo: «¡Madre mía, lo que estás haciendo!». Y se echó a reír. Yo tenía que haberle llamado: «¡Ven para acá!, vamos a sentarnos un ratito, que quiero hablar contigo...».

Entrevistadora: ¿Y ahora te arrepientes?

Encarnación: Y ahora me arrepiento de no haberlo hecho, pero con estos chicos no me voy a arrepentir.

Otro de los cometidos desempeñados por las primeras madres contra la droga consistía en acompañar a los toxicómanos a diversos lugares, por ejemplo, a los centros que ofrecían programas de desintoxicación y rehabilitación, al hospital cuando caían enfermos, o a las comisarías para solicitar un duplicado del Documento Nacional de Identidad (DNI), que habían perdido pero necesitaban para comenzar ciertos tratamientos contra la adicción a las drogas. Algunas

madres incluso permanecían días y noches en el local de sus asociaciones acompañando en todo momento a ciertos drogodependientes que dejaban el consumo y padecían los efectos devastadores del síndrome de abstinencia. Una de las mujeres entrevistadas recordaba que los síntomas del síndrome llegaron a resultarle tan familiares que algunos toxicómanos creían que ella también había sido toxicómana y los había experimentado personalmente. Además, las madres buscaban información y recursos para los drogodependientes, por ejemplo, trataban de encontrarles una plaza en un programa de desintoxicación y/o rehabilitación. A veces les proporcionaban ropa cuando ingresaban en los centros donde se ofrecían estos tratamientos, les conseguían los billetes de autobús para acudir a ellos (cuando estaban situados fuera de Madrid) o les pagaban las fotografías que necesitaban para obtener el duplicado del DNI.

En aquellos tiempos primeros, las madres también acudían con frecuencia a las comisarías de policía y a la cárcel, a fin de interceder por los drogodependientes detenidos o confinados ante las autoridades responsables de estos lugares, solicitando que les dejaran libres o que mejorasen las condiciones en que allí los mantenían. También visitaban en la prisión a los toxicómanos que habían entrado en contacto de algún modo con las asociaciones de madres. Muchas de las mujeres entrevistadas describen estas actividades desarrolladas en las cárceles como una experiencia particularmente dura. Así lo manifestaba una de ellas:

Juana: Y luego, que los has estado viendo [a los drogodependientes], has tenido contacto con ellos, que no sólo ha sido con tu hijo. Es que yo después he estado implicada en la asociación, y Verónica y yo íbamos a ver a los chavales que estaban en la cárcel (...). Los padres les echaban y no querían saber nada de ellos, y nosotros aquí a hacernos cargo de ellos: de ir a llevarles paquetes, de ir a llevarles la ropa limpia, de ir a verlos. Nosotros teníamos una tarjeta y entrábamos (...) a las cabinas de los abogados, no a las cabinas de los familiares (...). El mío [su hijo] no ha estado en la cárcel nunca (...). Ha estado en comisaría, porque le han pillado a lo mejor en fin de semana con tres o cuatro papelinas, y ha estado ahí en fin de semana, en comisaría, pero en la cárcel nunca. O sea, yo entre las rejas no he visto a mi hijo. Eso le pedía a Dios (...). La primera vez que yo fui a la cárcel fue para un sobrino, y ¡aquello fue...! ¡La impresión que a mí aquello me hizo! (...) ¡Yo he soñado incluso con ello!

Otra madre explicaba que algunos de los miembros del movimiento que no tenían hijos drogodependientes también visitaban a los toxicómanos en la prisión:

Concha: Yo he ido, después de mi hijo, aquí en la asociación, a comunicar a cabinas (...). Eso es duro. (...).

La cabina es una sala, que ya no está en Carabanchel [una cárcel de Madrid], que es una galería muy grande, donde empieza una cabina del 1

al 49, fíjate si me las sé. Y entonces tú ahí entras a comunicar con tu hijo, sola. Y entonces yo ahí he ido a comunicar con chicos de aquí de la asociación. Y entonces, yo ahí he pasado tragos muy grandes, ¿eh? Y esta compañera de aquí de la asociación, ésta [sin hijos toxicómanos], el día que fue a la cárcel conmigo a ver a los chicos, yo dije: «Fíjate tú, lo que es pasar la verja de una cárcel para una madre, ¿cómo pasará para ella?».

Algunas madres incluso acogían en sus propios hogares a algunos drogodependientes, donde vivían como un miembro más de la familia. Tal fue el caso de una de las entrevistadas:

Juana: Había chavales que no estaban en su casa, y querías llevarlo a un centro y tenías que hacerle la analítica para llevarle, y estabas pendiente de llevarle al médico para que le hicieran análisis. Incluso yo los he tenido en mi casa, mientras que iban a las granjas [centros de deshabituación a las drogas].

Entrevistadora: ¿En tu casa? ¿Con tu hijo?

Juana: Y sin mi hijo también. Si mi hijo estaba en la granja, he tenido yo en mi casa hasta a un matrimonio, varias veces. Y a una chavala la recogí y estuvo en mi casa once meses (...) y luego vino mi hijo (...). Entonces estaban los dos bien. Conseguí ponerla bien y estuvo once meses trabajando, y viviendo en mi casa conmigo (...). En lo que se le arreglaban los papeles para llevarlos a la granja los he tenido en mi casa, hasta pares, sí.

Estos servicios «maternales» son menos importantes hoy día que en los años ochenta, porque en la actualidad diversos profesionales (psicólogos, trabajadores sociales, médicos, enfermeras y abogados, entre otros) proporcionan algunos de ellos, a cargo del Estado o de asociaciones voluntarias de tipo diverso (financiadas en buena medida con subvenciones públicas). Ello no obstante, algunas madres continúan trabajando en esta línea, por ejemplo, administrando un nuevo servicio: lo que en una de las entrevistas denominaban «los pisos». Existen varias clases de ellos; el administrado por una de las asociaciones donde realicé algunas entrevistas para este estudio consiste en un domicilio en el que viven los drogodependientes que han pasado el programa de desintoxicación (por lo que ya no consumen drogas) y donde completan el de rehabilitación. Ciertos profesionales residen allí, y permanecen con los drogodependientes día y noche¹⁶. Las madres no viven allí, pero visitan estos lugares con frecuencia y tratan de que los toxicómanos tengan horarios regulares, coman adecuadamente y mantengan limpia y ordenada la vivienda. Las madres les enseñan a cocinar y a hacer la limpieza; tienen con ellos, además, numerosas muestras de afecto,

¹⁶ Ésta es una de las modalidades de deshabituación de las drogas practicadas en España, pero no la única. Por ejemplo, en otros casos el drogodependiente continúa habitando en su hogar familiar, si bien acude a los centros de tratamiento durante el día.

pues creen que quienes intentan abandonar el consumo de drogas necesitan altas dosis del mismo. Como explicaba una de las mujeres entrevistadas [Verónica]: «Es que cuando no consumen necesitan mucho cariño, claro». Las madres piensan que resulta muy positivo para estos toxicómanos tener figuras maternas a su alrededor pendientes de ellos.

Las madres contra la droga, algunos toxicómanos y ciertos profesionales valoran positivamente los servicios «maternales» proporcionados por las militantes del movimiento que aquí se analiza. Por contraste, otros profesionales piensan que se trata de servicios inútiles; proponen, además, que para abandonar la adicción a las drogas los toxicómanos necesitan la ayuda de los expertos pero no la de los aficionados (las madres), y definen despectivamente el apoyo prestado por ellas como «la sopa y el abrazo»¹⁷.

¿INFANTILIZANDO A LOS DROGODEPENDIENTES?

Una presentación, por sucinta que sea, de la acción colectiva de las madres contra la droga respecto del Estado y la sociedad a favor de sus hijos, en particular, y de los drogodependientes, en general, resultaría incompleta si no intentara responder a la pregunta acerca de si estas activistas, conscientemente o no, han alimentado cierta falta de autonomía e iniciativa en los toxicómanos, al movilizarse por ellos, en vez de dejar este cometido en manos de los propios adictos a las drogas, con el objetivo de que definieran ellos mismos sus problemas y encontraran soluciones; denomino aquí esta proposición la tesis de la «infantilización» de los drogodependientes. Este interrogante es especialmente pertinente en el estudio de caso analizado en esta investigación, dado que la mayoría de los hijos toxicómanos de las madres contra la droga eran ya adultos cuando ellas comenzaron a movilizarse. Es más, algunas de las mujeres entrevistadas para este trabajo tienen hijos drogodependientes que ya han cumplido treinta años (en ciertos casos hace ya tiempo que lo han hecho). Este tipo de cuestiones han sido planteadas en estudios realizados en el ámbito internacional sobre movimientos sociales, incluida la movilización por la defensa de los derechos de las personas minusválidas. Ciertos autores han argumentado que durante mucho tiempo las personas sin minusvalías han participado en acciones colectivas a favor de los minusválidos, definiendo las experiencias e intereses de éstos. En algunos casos las necesidades de los ciudadanos con minusvalías han resultado ser diferentes según las hubieran articulado ellos mismos o sus cuidadores (frecuentemente sus padres) (Morris, 1999). Por ejemplo, parece que un número nada desdeñable de progenitores ha sobreprotegido a sus hijos minusválidos, sobre todo por lo que respecta al desarrollo de una identidad sexual independiente.

¹⁷ La expresión «la sopa y el abrazo» fue utilizada por un profesional que trabajaba en la asociación FANTID de Madrid en una conversación telefónica con la autora de este artículo el 31 de mayo de 1999.

La hipótesis acerca de la potencial infantilización de los toxicómanos debida a la movilización de las madres contra la droga sólo puede ser comprobada o rechazada entrevistando a aquéllos (entre otras estrategias de investigación). Puesto que este artículo está basado principalmente en conversaciones con las madres, de modo inevitable refleja los puntos de vista de éstas. En el futuro será necesario analizar esta cuestión en profundidad. Mientras tanto, las entrevistas realizadas para este trabajo proporcionan cierta evidencia empírica que en parte ratifica la tesis de la infantilización, pero también otra (posiblemente de mayor peso) que la niega.

Antes de exponer ambos tipos de evidencia es preciso mencionar que el hecho de que la mayor parte de los toxicómanos o ex toxicómanos no haya participado regularmente en acciones colectivas para defender sus intereses, mientras que algunas madres sí lo han hecho, puede deberse no sólo a la posible sobreprotección de los drogodependientes por parte de las madres contra la droga, sino también a otros factores. En general, en España en los programas de desintoxicación y rehabilitación se recomienda encarecidamente (más bien se exige) a las personas que han consumido sustancias adictivas con asiduidad que, para completarlos con éxito, se alejen del mundo de las drogas y de quienes lo habitan, y centren sus esfuerzos en desarrollar y/o afianzar las relaciones con individuos que nada tienen que ver con el comercio y consumo de sustancias adictivas. La mayoría de los ex drogodependientes, entonces, ha tratado de reorganizar su vida evitando todo contacto con el ámbito que anteriormente requirió asiduamente su atención. Este modo de deshacerse del consumo de sustancias adictivas dificulta que los ex toxicómanos se movilicen junto con otros ex drogodependientes y con quienes aún consumen drogas para defender sus intereses.

Otro curso de acción alternativo al propuesto por los tratamientos de desintoxicación y rehabilitación en España reside en la utilización del conocimiento que proporciona la adicción a las drogas adquirido a través de la experiencia personal del consumo de las mismas para encontrar empleos relacionados con el tratamiento de las toxicomanías, por ejemplo, ayudando a otros toxicómanos a desintoxicarse y rehabilitarse. Esta posibilidad probablemente incentivaría a los ex drogodependientes a asociarse con otros en su misma situación, a fin de definir y defender sus intereses profesionales, y luchar contra la discriminación que padecen quienes han tomado con asiduidad sustancias adictivas. Puesto que esta segunda ruta es muy poco común en nuestro país, sólo una minoría de ex toxicómanos se encuentra en una situación estructural que le insta a la movilización colectiva¹⁸.

¹⁸ No pongo en duda que posiblemente la vía más eficaz para que una persona termine definitivamente con el consumo habitual de drogas consista en romper las relaciones trabadas con otros toxicómanos y con quienes comercian con dichas sustancias. Ello no obstante, otros factores quizá explican también que sea ésta la opción recomendada a los toxicómanos en España. Dado el alto nivel de desempleo, ciertos profesionales (psicólogos, trabajadores sociales, etc.) se han definido a sí mismos como los expertos en el tratamiento de las toxicomanías. Resulta alta-

Por lo que se refiere a la evidencia empírica que apunta en la dirección de la posible infantilización de los drogodependientes, algunas entrevistas describieron casos de toxicómanos a quienes no desagradaba en absoluto el papel de hijos pasivos y dependientes de sus progenitores, e intentaban continuar desempeñándolo, aunque no sabemos si esta forma de actuar de los hijos está causada (o no) por la movilización de las madres. Por ejemplo, una de las trabajadoras sociales se refirió a un hombre toxicómano que vivía, como frecuentemente sucede, en casa de sus padres. Cuando descubrió que su pareja estaba embarazada, se negó a intentar asumir el rol de adulto independiente y con responsabilidades familiares (lo cual hubiera supuesto, entre otros comportamientos, tratar de obtener una fuente de ingresos diferente de los recursos de sus progenitores, habitar en otro lugar distinto del domicilio paterno y responsabilizarse de su hijo); prefirió, en cambio, permanecer en el hogar de su familia de origen en calidad de hijo, en vez de asumir el rol de padre.

Por otra parte, algunos drogodependientes han tratado de culpar a sus madres por su adicción a las drogas, negando (implícitamente) que la decisión de consumirlas hubiera sido tomada por ellos. Este tipo de evidencia apoyaría la tesis de la infantilización sólo si las progenitoras aceptaran la responsabilidad por la drogodependencia de sus descendientes. Las entrevistas han mostrado que numerosas madres han albergado temporalmente este sentimiento de culpa, pero lo han superado gracias a la participación en el movimiento; por contraste, otras no lo han sentido (Valiente Fernández, en prensa). Una de las madres entrevistadas explicaba su propio caso:

Adela: Mis hijos estaban fuera de mi casa cuando han empezado [a consumir drogas], mis dos hijas estaban casadas, o sea, que estaban viviendo sus propias vidas. (...) mi hija me ha echado en cara eso, que como les he tenido tan protegidos, todo se lo he hecho, y todo, pues que luego se han visto desvalidos. Que por supuesto han ido a eso [las drogas] porque han querido, ¿no?, pero... mucho morro.

(...). A mí es que me pidió ayuda mi hija. Yo no lo sabía. Casada desde hacía tres años y con una niña de once meses, cuando me pidió ayuda a mí.

En otras familias, ciertos drogodependientes han exigido imperiosamente y con rudeza a sus madres que resolvieran ciertas dificultades que les había acarreado la drogadicción; por ejemplo, un determinado régimen de reclusión en la cárcel. En ocasiones, han ordenado a sus progenitoras que les facilitasen dinero para adquirir sustancias adictivas. Las entrevistas describían algunos casos en los que las madres se plegaban sin demasiada resistencia a tales requeri-

mente improbable que permitan a los ex toxicómanos presentarse a sí mismos como las personas versadas en el problema de la adicción a las drogas, porque ello elevaría dramáticamente la competición por los empleos en el área de la desintoxicación y la rehabilitación.

mientos; comportándose así, quizá desincentivaran que sus hijos solucionaran ellos mismos sus propios problemas.

Es cierto que, de acuerdo con las entrevistas, algunas progenitoras han proporcionado apoyo incondicional a sus hijos drogodependientes, han satisfecho todas sus peticiones y sus exigencias, y se han movilizado a su favor y en su nombre, sin esperar que ellos realizaran ninguna aportación al tratamiento de su drogodependencia (tal como comprometerse seriamente a abandonar el consumo de sustancias adictivas), y sin demandarles que hicieran ningún esfuerzo en aras de asegurar una pacífica convivencia familiar o el buen funcionamiento del hogar. Comportándose así, este reducido número de madres probablemente no haya promovido en sus descendientes el sentido de la responsabilidad individual.

En ocasiones, las madres, al describir a sus hijos drogodependientes, han destacado su falta de fuerza de voluntad para abandonar definitivamente el consumo de sustancias adictivas, por lo que nunca conseguirían dejar la dependencia respecto a éstas. Esta conceptualización del carácter de los descendientes puede interpretarse como una manifestación de la infantilización de los mismos, pero también como una muestra de realismo por parte de algunas progenitoras, quienes aceptaron que algunas o muchas de las personas que consumen drogas no pueden abandonar definitivamente esta adicción, y que sus hijos se encontraban entre ellas. Véase, a modo de ejemplo, el siguiente testimonio:

Juana: Te voy a ser sincera, yo conocía a mi hijo y siempre, que ellas [otras madres del movimiento] están aquí que lo pueden decir, siempre he dicho que mi hijo no salía de la droga. Siempre lo he dicho, porque conocía su carácter y conocía a su padre [que murió tras una dependencia prolongada del alcohol]. Y yo dije: «Es igual que su padre, no sale de la droga mi hijo. No sale» (...). Lo vi clarísimo desde el principio (...). Porque yo le he llevado al Patriarca, le he llevado a Reto, (...) le he llevado a todos los sitios. Ha hecho el programa de metadona. Ha hecho el programa de, el de metadona, no ahora que está aquí, yo lo he hecho particularmente, con dinero. Iba [la entrevistada] a Valladolid a por ella, todas las semanas. Y no se ha quitado. Se ha quitado en el momento que estaba metido en una granja; era salir y ya no había nada que hacer.

En otros diálogos que mantuve con las madres contra la droga volvieron a describir a los drogodependientes como personas sin tenacidad ni criterio propio, siempre pendientes de la aprobación de los otros, o como individuos que consumían drogas para calmar insatisfacciones personales profundas, o como jóvenes que dejarían el consumo habitual de sustancias adictivas sólo si sus madres realizaban esfuerzos hercúleos instándoles a ello. Todas estas imágenes apuntaban (implícitamente) la idea de que algunos toxicómanos carecían de voluntad suficiente para lograr superar ciertos retos, mientras que lo contrario sucedía a sus progenitoras. Tal como muestra el siguiente diálogo entre dos de las mujeres entrevistadas:

Clara: (...) en estos casos hay un tema muy claro. O tienen [los hijos toxicómanos] algún tipo de apoyo, aunque tú les des una de cal y una de arena ... pero como le des todo de arena, ¡adiós!

Entrevistadora: ¿Eso es lo que me explicabas tú al principio, Adela, que el [drogodependiente] que consigue salir [de las drogas] es, desde luego, por apoyo familiar?

Clara: (...) primero, la cabeza se deteriora mucho, con lo cual, ellos llega un momento en que no son conscientes ni de la mierda en que están. Puede haber un tío que en un momento de lucidez le ocurra algo y... pero eso es rarísimo, eso es un caso entre mil. Lo habitual es que si no hay nadie que en un momento dado le diga: «Guapo, te voy a dar un ultimátum: ¡Hasta aquí hemos llegado!». Lo normal es que si no tienen un asidero, normalmente ... Son chavales que pueden ser muy inteligentes, muy listos, muy tal, pero cuando se han metido ahí es porque de alguna forma tienen una carencia de tipo afectivo...

Adela: Un desequilibrio mental.

Clara: No, no, no es desequilibrio mental.

Adela: Sí, sí, llámalo así, una alteración.

Clara: No, no, es una carencia. O son chavales muy emotivos, la mayoría. La verdad es que tienen todos un perfil bastante similar. No son tontos ninguno de ellos, normalmente son más listos que la media, pero todos ellos son muy dependientes de alguien. Entonces, al principio pueden depender del padre, de la madre, o de lo que sea, y al final... Yo, por ejemplo, en el caso de mi hijo, no es por dependencia de nosotros, sino por dependencia del que era un grupo. O sea, él era cabeza de líder, entonces él tenía que meterse en más rollos que nadie porque él era el líder.

En síntesis, algunos fragmentos de las entrevistas sugieren de manera tenue que, quizá, en alguna ocasión la movilización de las madres haya incentivado la pasividad de ciertos hijos drogodependientes y toxicómanos en general. Tal es, posiblemente, el caso de los consumidores de sustancias adictivas que han disfrutado de su condición de hijos dependientes y han rehuido el rol de adultos autónomos (pero únicamente si sus madres les hubieran inducido a ello, lo que no ha sido comprobado en esta investigación), o que han culpado a sus madres de su drogodependencia en vez de asumir su propia responsabilidad en su adicción a las drogas (aunque sólo si sus progenitoras hubieran aceptado tal culpa, lo que ha sido documentado por el trabajo de campo sólo raramente), o que han exigido a sus madres que les solucionaran ciertos problemas derivados de su toxicomanía, habiéndose plegado ellas a sus requerimientos (lo que ha sucedido en un número probablemente muy limitado de hogares). La infantilización puede haber tenido lugar también en los núcleos familiares donde las madres, por ejemplo, han continuado encargándose de los hijos toxicómanos incondicionalmente, por mucho que deterioraran la convivencia familiar o pese a que

nunca intentarían seriamente abandonar el consumo de drogas. En esta línea, las descripciones de los drogodependientes como personas que sufren carencias afectivas que intentan aplacar con las sustancias adictivas en parte les exculpa de la decisión (propia) de tomar drogas. Asimismo, de algunos relatos se desprende la imagen de unos jóvenes carentes de iniciativa para dejar atrás la toxicomanía, y de ellos puede inferirse (implícitamente) su falta de fuerza de voluntad para llevar a cabo otros cometidos, incluida la participación en acciones colectivas. En conjunto, se trata de una evidencia que documenta algún caso de infantilización, pero en absoluto que este proceso haya tenido lugar de forma generalizada debido a la movilización de las madres contra la droga.

De un modo opuesto, otros fragmentos de las entrevistas refutan la hipótesis de la infantilización; por ejemplo, aquellos que describían a algunas madres negándose a satisfacer las demandas de sus hijos drogodependientes y otros toxicómanos que consideraban desmedidas. Tal es el caso del siguiente testimonio (para comprender esta parte de una de las entrevistas es necesario recordar que una de las actividades que realizan muchas madres contra la droga consiste en visitar a toxicómanos encarcelados que no son sus hijos):

Concha: El que un chico esté en una prisión, y vayas tú [su madre], siempre te cuenta el mismo rollo: «Mamá, ves al abogado; mamá, sácame; mamá, yo no he hecho nada; mamá, aquí no puedo estar; mamá, me van a pegar». Ése es el sistema de preso en una prisión. Porque ahí ya quiere jugar con los sentimientos de la madre. Entonces, al ir yo al otro día, y me viene con toda esa movida, [le digo]: «Para el carro, majo, que yo no soy tu madre, y eso es una mentira como una casa. Vamos a ver. ¿Ha venido tu madre? ¿Te ha traído la comida? Sí. ¿La ropa limpia? ¿Te ha metido mil pesetas? ¿Qué quieres más?». «Es que, Concha, joer...». «¡Que no!». Y entonces, al ir su madre, es el sistema que te he contado: «Mamá, ves al abogado; mamá, que yo no he hecho nada; mamá, que quiero un permiso». Entonces la madre sale con la cabeza y viene aquí: «¡Ay Marta [la trabajadora social contratada por la asociación]!». Voy yo [a la prisión a visitar al drogodependiente y le digo]: «Pero bueno, ¿tú de qué vas? A ver, tú dime a mí de qué vas con tu madre. Yo [si fuera] tu madre, no venía a verte». Perdóname [dirigiéndose a la entrevistadora]. «¡Joder! ¡Pues no más hace falta que le diga eso! (...)». «Es que no merece la pena que esté [tu madre] ahí en una cola, y que luego vengas tú y le pongas caliente la cabeza». Entonces ha sido un sistema que yo he llevado con estos chicos.

Esta misma madre explicaba cómo se negaba a dar dinero a su hijo para comprar drogas:

Concha: Hay madres que el que tú le digas: «Bueno, lo primero, no des dinero a tu hijo». Ésa es la primera. Porque el chico te va a chantajear,

diciendo: «Como yo salga ahora me van a matar, porque debo tal dinero. Porque como no me des ahora cojo y me voy a atracar». «Vale, muy bien, tú te has metido en la droga, tú no quieres hacer lo que yo te mando [abandonar el consumo de sustancias adictivas], atraca y, si te matan, pues mira, hijo, lo único que puedo hacer es enterrarte». Pero hay que ser así, ¿no? (...). Tú date cuenta de que el drogadicto quiere dinero para droga. En cuanto que una madre le da dinero, para mí es cómplice de la droga (...). Antes no había la metadona ni había todo esto, pues había madres que con tal de que su hijo no robara les daban [dinero]. Al final, ¿qué ha pasado? Que el hijo ha terminado en Carabanchel [en la cárcel]. ¿Por qué? Porque ningún padre de familia, obreros como nosotros, podemos mantener eso [una drogodependencia] y, además, que no se debe.

La misma madre relataba que su hijo drogodependiente fue encarcelado; ella acudió a la prisión a llevarle ropa, pero no a verle personalmente, como represalia por su comportamiento extremadamente desconsiderado hacia ella mantenido en visitas previas:

Concha: Mira, yo con mi hijo el mayor, aquí había una persona que iba a comunicar [a la cárcel] con su hijo, y a mí mi hijo me dio tal escándalo en una cabina, que le dije: «No, hijo. Tú me has traído aquí; yo a ti no. ¿Tú me exiges? No me puedes exigir». Yo he ido a llevarle la ropa, y me ha dicho esa persona: «¿Cómo tienes valor?». Digo: «No entro a verle». Y no he ido. No sé si me ha valido o no me ha valido, pero yo le tomaba un límite. A mí mi hijo no me podía exigir (...).

Por lo que respecta al apoyo prestado a los descendientes toxicómanos, algunas madres lo han condicionado a que realizaran serios esfuerzos a fin de abandonar su dependencia a las drogas; cabe pensar que esta exigencia posiblemente haya podido incentivar la responsabilidad individual de estos hijos. Así lo describía una de las mujeres entrevistadas:

Aurora: Yo le dije: «Si te vas de casa y no quieres saber nada de esto [de la desintoxicación y la rehabilitación], tampoco quieras saber nada de nosotros. Porque yo siempre estoy dispuesta a ayudarte, pero para que salgas de este bache. Si no quieres salir del bache, si quieres vivir tu vida, pues no cuentes con nosotros».

De hecho, algunas de las mujeres entrevistadas no pensaron que debían resignarse a que sus hijos continuaran consumiendo drogas, ya que el objetivo del abandono de dicha adicción les parecía alcanzable; como explicaba la madre anterior:

Aurora: Haría [yo] todo lo posible por convencerla [a la hija drogodependiente], que tenía que hacer todos los esfuerzos que pudiera por conse-

guirlo, porque yo, en mí no cabía que ella se tuviera que quedar en esa vida.

Requerir a los descendientes toxicómanos ciertas aportaciones al buen funcionamiento del hogar familiar posiblemente favorezca la realización de esfuerzos personales por parte de ellos (el comportamiento contrario a la dejación de todas las funciones en manos de sus madres). Esta misma progenitora demandaba (si bien sin éxito) a su hija drogodependiente (la cual vivía con sus padres) que ayudara a la realización de las tareas domésticas:

Aurora: Yo le decía a mi hija, incluso le llegué a decir alguna vez: «¿Por qué no me ayudas a limpiar o a algo?». Y decía ella: «Cuando tenga mi casa, limpiaré». Digo: «¿Y ahora no es tu casa? ¿Pues qué casa tienes tú?». Y nada.

Por otra parte, cuando algunas madres entrevistadas hablaban de sus hijos drogodependientes, describían a éstos como personas con iniciativa propia incluso bajo el efecto de las drogas o del síndrome de abstinencia. Por ejemplo, una mujer defendía que su hija (ya fallecida) había sido sumamente sensible y crítica con las desigualdades socioeconómicas, por lo que nunca había robado a personas de clase trabajadora a fin de costear su adicción, sino que lo había hecho en grandes almacenes o bancos. Esta autonomía personal había llevado a algún toxicómano a participar en acciones colectivas. La misma madre relataba que mientras ella se había manifestado en el exterior de la cárcel junto con los familiares de otros internos denunciando los abusos e irregularidades cometidos contra las personas encarceladas, su hija se movilizaba simultáneamente en el interior con otros presos. En el mismo sentido, en algunos casos, los drogodependientes han sido vistos como personas adultas que, al consumir drogas, escogían uno entre varios posibles cursos de acción alternativos (y no como individuos sin voluntad abocados irremediabilmente a convertirse en toxicómanos). Según describía una trabajadora social contratada por una de las asociaciones:

Marta: [En las asociaciones los profesionales] trabajan con ellas [con las madres] la autoestima, la relajación, que vuelvan a pensar en ellas mismas, en su marido, en sus otros hijos, que no centren el problema en el hijo drogodependiente, que ellas tienen una vida sobre la que pueden poner soluciones; sobre la de su hijo las tiene que poner él. Ellas pueden apoyar, pero tienen que tener muy presente que es la vida de su hijo. Incluso hay personas que han elegido vivir así [consumiendo drogas] (...), o sea, que no se recuperan porque, a lo mejor, no quieren.

En suma, las entrevistas realizadas para este artículo proporcionan evidencia que en parte rebate la tesis de la infantilización de los drogodependientes, por

ejemplo, los relatos que mostraban cómo algunas madres planteaban exigencias a sus hijos toxicómanos (en vez de someterse totalmente a sus requerimientos pensando, de modo fatalista, que nada podían exigir a estos vástagos distintos de los demás), les brindaban apoyo ilimitado sólo si intentaban tenazmente dejar de consumir sustancias adictivas, y conceptualizaban a estos hijos como individuos poseedores de la iniciativa personal y la fuerza de voluntad necesarias para acometer retos, entre otros, el de participar en acciones colectivas¹⁹.

CONCLUSIÓN

Este artículo ha mostrado que si bien numerosos colectivos se movilizan en defensa de sus propios intereses, en ocasiones otras personas pueden hacerlo por ellos; éste es, por lo general, el tipo de acción colectiva llevada a cabo por los movimientos maternalistas. En España, las madres contra la droga se han organizado para reivindicar la «redistribución» y el «reconocimiento» a favor de sus hijos drogodependientes y de los toxicómanos en general, dirigiendo sus demandas no sólo hacia el Estado, sino también hacia la sociedad. Como resumía una de las madres entrevistadas [Mónica]: la pertenencia al movimiento le hacía sentirse «satisfecha conmigo misma, porque con mi presencia y mi granito de arena podría yo ayudar a *otras* personas» (énfasis añadido). Sobre todo en los momentos iniciales de la movilización, en los años ochenta, cuando el Estado y la sociedad civil apenas ofrecían recursos para los toxicómanos, las madres proporcionaron, ellas mismas, numerosos servicios personales a los drogodependientes (y no sólo a sus propios hijos); por ejemplo, intentaban conseguirles una plaza en los escasos centros que gestionaban tratamientos de desintoxicación y rehabilitación, o les acompañaban a los más diversos lugares. Este estudio, además, ha planteado el interrogante acerca de si la movilización de las madres involuntariamente ha promovido la falta de iniciativa y autonomía personal de los toxicómanos. Sin poder proporcionar una respuesta concluyente, ha examinado cierta evidencia empírica que apoya (débilmente) esta tesis, pero también otra que, de modo más plausible, la descarta. Las movilizaciones de tipo maternalista (organizadas a favor de los derechos y el bienestar de otros individuos) constituyen un tipo de acción colectiva generalmente no estudiado por la literatura sobre la «redistribución» y el «reconocimiento» ni por los trabajos más citados acerca de los movimientos sociales; posiblemente ello suceda así, entre otras razones, porque este conjunto de estudios académicos se ha elaborado suponiendo, si bien implícitamente, que quienes padecen dificultades mate-

¹⁹ Cabe destacar que, hipotéticamente, no sólo la movilización de las madres contra la droga podría haber infantilizado a los toxicómanos; también podrían haberlo hecho otros actores individuales y colectivos que tratan con drogodependientes, por ejemplo, las organizaciones que gestionan programas de desintoxicación y rehabilitación. En el futuro, quizá resultara interesante comparar ambos fenómenos.

riales y vejaciones culturales se organizan, ellos mismos, para mejorar su posición económica y conseguir una valoración positiva de su identidad como grupo.

Los movimientos maternalistas constituyen una variedad muy especial de movimientos sociales porque sus miembros utilizan la retórica de la abnegación en vez de la basada en la defensa del propio interés. El discurso en torno al desinterés ha permitido a las madres contra la droga movilizarse en nombre de otros: los toxicómanos. Los investigadores están (estamos), en general, más familiarizados con las argumentaciones sustentadas en la articulación y la defensa de los intereses propios, mientras que algunas madres se han movilizado y reivindicado por los demás en virtud del sacrificio y el altruismo. Cuando los científicos sociales se encuentran en sus análisis con demandas planteadas desde la renuncia y el desapego por todo beneficio personal, próximo o remoto, tienden, con frecuencia, a mostrarse escépticos ante este tipo de acción colectiva, sospechando de los «auténticos» motivos por los que las madres reivindican, y dudando que éstas representen adecuadamente los intereses «verdaderos» de los toxicómanos.

El problema de la falsa representación de los intereses es uno que reviste considerable gravedad, exige que nos mantengamos vigilantes cuando analicemos movimientos sociales, y al que habremos de prestar suma atención en futuras investigaciones. Ello no obstante, centrarnos excesivamente en él implicaría infravalorar la importancia de al menos una de las conclusiones que cabe inferir de los hallazgos empíricos de esta investigación: la existencia de una importante dimensión de género en la aceptación social de la retórica del altruismo como soporte de la acción colectiva. El uso de reivindicaciones basadas en la generosidad y el desprendimiento constituye en nuestra sociedad una dimensión de la «estructura de oportunidades argumentativas»²⁰ con que cuentan las madres, en menor medida las mujeres que no son madres, y en un grado muy limitado los hombres (tengan o no hijos), porque muchas personas creen que las madres son el epítome de la abnegación. En este sentido, la madre de un drogodependiente puede con frecuencia plantear reivindicaciones a favor de su hijo, o de los toxicómanos en general, de un modo que es aceptado socialmente y que está vedado a otras personas. Es necesario recordar que existen muchísimos límites a la hora de admitir que unas personas se movilicen en nombre de otras. Por ejemplo, los miembros de la minoría blanca se verían seriamente cuestionados si se movilizaran, ellos solos, en defensa de los derechos de otras comunidades étni-

²⁰ La expresión «estructura de oportunidades argumentativas» fue utilizada por Myra Marx Ferree al comentar una versión anterior de este trabajo; hace referencia a la panoplia de discursos o razonamientos que un movimiento social puede utilizar de forma eficaz en la acción colectiva. Se trata de una modificación del concepto de «estructura de oportunidades políticas» (*political opportunity structure*), acuñado para designar el conjunto de variables del ámbito político que influyen en las características de los movimientos sociales, entre otras, las instituciones políticas, la cultura política, los oponentes y los aliados del movimiento (Della Porta y Diani, 1999; Kitschelt, 1986; Kriesi, 1995; Tarrow, 1994).

cas, y lo mismo sucedería a los hombres que reivindicaran en solitario el bienestar de las mujeres, o a las personas heterosexuales que defendieran a los homosexuales sin contar con ellos. Aunque estas generalizaciones se derivan del estudio de caso analizado en este artículo, el cual se circunscribe a España y a las dos últimas décadas, posiblemente sean aplicables, en cierto modo, también a otras sociedades; no sabemos exactamente a cuáles ni en qué medida, por lo que este interrogante constituye una pregunta que habrá de responderse en el futuro realizando investigaciones comparativas internacionales. Este trabajo ha puesto de manifiesto que el grado en que determinadas personas pueden (o no) movilizarse por otras en las sociedades contemporáneas es en realidad una variable que depende de factores diversos, más que una cuestión a la que puede responderse simplemente de modo afirmativo o negativo.

Por último, este estudio ha confirmado que las batallas por la «redistribución» y el «reconocimiento» van en muchos casos de la mano en el mundo real. Fraser (1995) afirmó que así sucede habitualmente, si bien distinguió ambos conceptos en aras de la claridad analítica. Por el contrario, otros autores que realizan estudios de movimientos sociales que (según muchos académicos) persiguen sobre todo el reconocimiento de identidades anteriormente devaluadas tienden a olvidar que, con frecuencia, el remedio a la situación de subordinación en que se encuentran determinados colectivos implica transformaciones no sólo culturales, sino también materiales. Las madres contra la droga parecen haber comprendido esta conclusión desde el inicio de su movilización, así como haber entendido que la solución a las privaciones que padecen ciertos grupos requiere el concurso del Estado pero también el de la sociedad.

ASOCIACIONES DONDE FUERON REALIZADAS LAS ENTREVISTAS

Asociación Adelfa, Madrid.

Asociación de Lucha Antidroga-Latina (ALAD-Latina), Madrid.

Asociación de Padres, Familiares y Amigos del Drogodependiente la Esperanza (ASPAFADES), Madrid.

Asociación de Padres de Drogadictos (ASPAD), Madrid.

Asociación para la Prevención y Rehabilitación de Drogadictos (APYRD), Madrid.

Asociación Por Una Nueva Vida (PUNVI), Madrid.

Asociación Tú Puedes, Fuenlabrada (Madrid).

Madres Unidas Contra la Droga, Madrid.

REFERENCIAS

- ALVAREZ, Sonia (1990): *Engendering Democracy in Brazil: Women's Movements in Transition Politics*, Princeton (New Jersey): Princeton University Press.
- CHRISTIANSEN-RUFFMAN, Linda (1995): «Women's Conceptions of the Political: Three Canadian Women's Organizations», en *Feminist Organizations: Harvest of the New Women's Movement*, ed. por Myra Marx Ferree y Patricia Yancey Martin, Filadelfia: Temple University Press, pp. 372-393.
- DE CASTRO, Enrique (1985): *¿Hay que Colgarlos? Una Experiencia sobre Marginación y Poder*, Bilbao: Desclée de Brouwer.
- DELLA PORTA, Donatella, y DIANI, Mario (1999): *Social Movements: An Introduction*, Oxford: Blackwell.
- DIANI, Mario (1992): «The Concept of Social Movement», *Sociological Review*, 40: 1-25.
- EISINGER, Peter K. (1973): «The Conditions of Protest Behavior in American Cities», *American Political Science Review*, 67: 11-28.
- El Mundo*, 24 diciembre 1999, pp. 6-7.
- El País*, 13 diciembre 2000, p. 33.
- ELZO, Javier; ORIZO, Francisco A.; GONZÁLEZ-ANLEO, Juan; GONZÁLEZ, Pedro; LAESPADA, María T., y SALAZAR, Leire (1999): *Jóvenes españoles 99*, Madrid: Fundación Santa María.
- FRASER, Nancy (1995): «From Redistribution to Recognition? Dilemmas of Justice in a "Post-Socialist" Age», *New Left Review*, 212: 68-93.
- GORDON, Linda (1994): *Pitied But Not Entitled: Single Mothers and the History of Welfare*, Nueva York: Free Press.
- GURR, Ted R. (1970): *Why Men Rebel*, Princeton (New Jersey): Princeton University Press.
- HONNETH, Axel (1992): «Integrity and Disrespect: Principles of a Conception of Morality Based on the Theory of Recognition», *Political Theory*, 20, 2: 187-201.
- JAQUETTE, Jane S. (ed.) (1994): *The Women's Movement in Latin America: Participation and Democracy*, Boulder (Colorado): Westview Press.
- JAQUETTE, Jane S., y WOLCHIK, Sharon L. (eds.) (1998): *Women and Democracy: Latin America and Central and Eastern Europe*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- JENKINS, J. Craig, y PERROW, Charles (1977): «Insurgency of the Powerless: Farm Workers' Movements, 1946-1972», *American Sociological Review*, 42: 249-268.
- KAPLAN, Temma (1982): «Female Consciousness and Collective Action: the Case of Barcelona, 1910-1918», en *Feminist Theory: A Critique to Ideology*, ed. por Nannerl O. Keohane, Michelle Z. Rosaldo y Barbara C. Gelpi, Brighton: Harvester Press, pp. 55-76.
- (1997): *Crazy for Democracy: Women in Grassroots Movements*, Nueva York y Londres: Routledge.
- (1999): «Luchar por la Democracia: Formas de Organización de las Mujeres entre los Años Cincuenta y los Años Setenta», en *Mujeres, Regulación de Conflictos Sociales y Cultura de la Paz*, ed. por Anna Aguado, Valencia: Universitat de València, pp. 89-107.
- KITSCHELT, Herbert P. (1986): «Political Opportunity Structures and Political Protest: Anti-Nuclear Movements in Four Democracies», *British Journal of Political Science*, 16: 57-85.
- KOVEN, Seth, y MICHEL, Sonya (1990): «Womanly Duties: Maternalist Politics and the Origins of Welfare States in France, Germany, Great Britain, and the United States, 1880-1920», *The American Historical Review*, 4: 1076-1108.
- (eds.) (1993): *Mothers of the New World: Maternalist Politics and the Origins of the Welfare State*, Nueva York: Routledge.
- KRIESI, Hanspeter (1995): «The Political Opportunity Structure of New Social Movements: Its Impact on Their Mobilization», en *The Politics of Social Protest: Comparative Perspectives on States and Social Movements*, ed. por J. Craig Jenkins y Bert Klandermans, Minneapolis (Minnesota): University of Minnesota Press, pp. 167-198.
- (1996): «The Organizational Structure of New Social Movements in a Political Context», en *Comparative Perspectives on Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures,*

- and *Cultural Framings*, ed. por Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 152-184.
- LIJPHART, Arend (1971): «Comparative Politics and the Comparative Method», *American Political Science Review*, 65: 682-693.
- MCADAM, Doug (1982): *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*, Chicago: University of Chicago Press.
- MC CARTHY, John D., y ZALD, Mayer N. (1987a): «Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory», en *Social Movements in an Organizational Society: Collected Essays*, ed. por Mayer N. Zald y John D. McCarthy, New Brunswick (New Jersey): Transaction, pp. 15-47.
- (1987b): «The Trends of Social Movements in America: Professionalization and Resource Mobilization», en *Social Movements in an Organizational Society: Collected Essays*, ed. por Mayer N. Zald y John D. McCarthy, New Brunswick (New Jersey): Transaction, pp. 337-391.
- MELUCCI, Alberto (1985): «The Symbolic Challenge of Contemporary Movements», *Social Research*, 52, 4: 769-816.
- (1989): *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Londres: Hutchinson Radius.
- (1996): *Challenging Codes: Collective Action in the Information Age*, Cambridge: Cambridge University Press.
- MILES, Angela R. (1996): *Integrative Feminisms: Building Global Visions, 1960s-1990s*, Nueva York y Londres: Routledge.
- MOLYNEAUX, Maxine (1985): «Mobilization without Emancipation? Women's Interests, the State, and Revolution in Nicaragua», *Feminist Studies*, 11, 2: 227-254.
- MORRIS, Jenny (1999): *Pride Against Prejudice: A Personal Politics of Disability*, Londres: Women's Press.
- MUNCY, Robyn (1991): *Creating a Female Dominion in American Reform, 1890-1935*, Nueva York: Oxford University Press.
- OBERSCHALL, Anthony (1973): *Social Conflict and Social Movements*, Englewood Cliffs (New Jersey): Prentice Hall.
- OFFE, Claus (1985): «New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics», *Social Research*, 52, 4: 817-868.
- PARDO, Mary (1995): «Doing It for the Kids: Mexican American Community Activists, Border Feminists?», en *Feminist Organizations: Harvest of the New Women's Movement*, ed. por Myra Marx Ferree y Patricia Yancey Martin, Filadelfia: Temple University Press, pp. 356-371.
- PEDERSEN, Susan (1993): *Family, Dependence, and the Origins of the Welfare State: Britain and France, 1914-1945*, Nueva York: Cambridge University Press.
- SCOTT, Alan (1990): *Ideology and the New Social Movements*, Londres: Unwin Hyman.
- SCHIRMER, Jennifer (1993): «The Seeking of Truth and the Gendering of Consciousness: The CoMadres of El Salvador and the CONAVIGUA Widows of Guatemala», en «*Viva*: Women and Popular Protest in Latin America, ed. por Sarah A. Radcliffe y Sallie Westwood, Londres y Nueva York: Routledge, pp. 30-64.
- SKOCPOL, Theda (1992): *Protecting Soldiers and Mothers: The Political Origins of Social Policy in the United States*, Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press.
- SKOCPOL, Theda; ABEND-WEIN, Marjorie; HOWARD, Christopher, y LEHMANN, Susan Goodrich (1993): «Women's Associations and the Enactment of Mother's Pensions in the United States», *American Political Science Review*, 87, 3: 686-701.
- SMELSER, Neil J. (1963): *Theory of Collective Behavior*, Nueva York: Free Press.
- TARROW, Sydney (1994): *Power in Movement: Collective Action and Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- (1996): «States and Opportunities: The Political Structuring of Social Movements», en *Comparative Perspectives on Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings*, ed. por Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 41-61.

- TAYLOR, Charles (1992): *Multiculturalism and «The Politics of Recognition»*, Princeton: Princeton University Press.
- TILLY, Charles (1978): *From Mobilization to Revolution*, Reading, MA: Addison-Wesley.
- TOURAINE, Alain (1981): *The Voice and the Eye: An Analysis of Social Movements*, Cambridge: Cambridge University Press.
- TOURAINE, Alain; DUBET, François; WIEVIORKA, Michel, y STRZELECKI, Jan (1983a): *Solidarity: The Analysis of a Social Movement, Poland 1980-1981*, Cambridge: Cambridge University Press.
- TOURAINE, Alain; HEGEDUS, Zsuzsa; DUBET, François, y WIEVIORKA, Michel (1983b): *Anti-nuclear Protest: The Opposition to Nuclear Power in France*, Cambridge: Cambridge University Press.
- TURNER, Ralph, y KILLIAN, Lewis (1972): *Collective Behavior*, Englewood Cliffs (New Jersey): Prentice-Hall.
- VALIENTE FERNÁNDEZ, Celia (en prensa): «Mobilizing for Recognition and Redistribution on Behalf of Others: the Case of Mothers against Drugs in Spain», en *Gender, Political Identities and Recognition Struggles in Contemporary Societies*, ed. por Barbara Hobson, Estocolmo.
- YOUNG, Iris M. (1990): *Justice and the Politics of Difference*, Princeton (New Jersey): Princeton University Press.
- ZALD, Mayer N., y McCARTHY, John D. (eds.) (1979): *The Dynamics of Social Movements: Resource Mobilization, Social Control, and Tactics*, Cambridge (Massachusetts): Winthrop.

ABSTRACT

In the last two decades, the «Mothers against Drugs» movement has organized itself in Spain to the extent of proposing before the State and society in general vindications in favour of their drug-addicted children and drug addicts in general. Using this empirical case, the article rejects the implicit thesis contained in part of the literature written about social movements which suggests that groups in a less favoured situation organize themselves in defence of their own interests; this document defends the view that other citizens can do this for them.